

EL CONOCIMIENTO REFERENCIAL DEL TEXTO: REFLEXIONES SOBRE LA POSICIÓN DEL TRADUCTOR

Marcelino Santana Delgado
Universidad de La Laguna

Abstract

This essay aims to determine the validity of the concept of referential knowledge when applied to the specific activity of the multidisciplinary scientific translator. From a purely pragmatical viewpoint, such a concept seems to lack validity, since it is impossible for any multidisciplinary translator to possess a thorough knowledge of every discipline he has to deal with. Therefore he is forced to develop strategies which enable him to circumvent his ignorance while preserving the communicative content of the source language text.

INTRODUCCIÓN

Este ensayo no versa, en sentido estricto, sobre *la traducción*, sino, más bien, sobre lo que Coseriu llama *el traducir*, es decir, “la actividad real de los traductores, llamada también <traducción como arte>”. Una actividad que, según nos aclara este autor, “no conoce ninguna limitación racional y, sí, sólo límites empíricos, en el caso de esta o aquella comunidad lingüística, de este o aquel texto.”¹

Al profesional de la traducción científica no le preocupan tanto los límites racionales como los empíricos, las imposibilidades teóricas de la traducción como las estrategias que tiene que desarrollar para vencer sus dificultades prácticas, los universales y la lingüística comparada como el estudio concreto del texto, que es la realidad tangible con la que se enfrenta todos los días. Lo que más adelante expondré es una reflexión sobre una de las limitaciones prácticas con las que se enfrenta el traductor científico multidisciplinario en el ejercicio de su actividad, y algunas sugerencias sobre la manera de superarla.

Estas reflexiones parten, sobre todo, de la idea de Newmark de que un requisito imprescindible con el que tiene que contar el traductor para coronar con éxito su tarea es el perfecto conocimiento del tema del texto traducido. La misma idea la expresa, con otras palabras, la profesora Katharina Reiss, al hablar del “conocimiento referencial”. (Ambos autores tocaron este tema en el “I Simposio de Traducción de Las Palmas de Gran Canaria”, 29 de enero - 1 de febrero, 1990.)

Estas afirmaciones, que son expresión de un principio de uso general en el ámbito de la traductología, entran en contradicción con la práctica cotidiana de cualquier traductor que desempeñe su actividad en un gabinete de traducción universitario y tenga, por tanto, que atender a las demandas del personal docente sin distinciones de facultad, departamento o especialidad. Quien se encuentre en esta situación, se verá diariamente en la tesitura de traducir textos sobre los temas más peregrinos, desde “Las lombrices de tierra de la isla de Vanua Tu”, hasta “El concepto de Morita hermítico definido por una equivalencia”, pasando por “La configuración interna del espacio en los ciegos y en los videntes” y “La marginalidad social en Canarias en el siglo XVIII”, y es de suponer que, en la mayor parte de los casos, profesará la más supina de las ignorancias sobre el contenido de dichos textos o, empleando un lenguaje más técnico, no tendrá, ni llegará nunca a tener, un conocimiento referencial de los mismos.

El caso es que, independientemente de que la idea expresada por Newmark y Reiss sea perfectamente válida, siempre y cuando hablemos de la traducción en general, cuando tratamos de aplicarla al caso concreto de la traducción científica multidisciplinaria, hay que matizarla, ya que esta actividad se caracteriza, precisamente, porque en muchas ocasiones el traductor no puede aspirar a comprender, ni siquiera someramente, el tema del texto que está traduciendo.

Desde un punto de vista práctico, el de los que, como he dicho, se enfrentan diariamente con textos de asuntos y procedencias muy variados, y ofrecen versiones que, mal que bien, cumplen su función comunicativa en la lengua de llegada, el “axioma del conocimiento del tema”, que es como llamaré al principio defendido por Newmark y Reiss, tiene una base un tanto utópica. Según este axioma, el traductor ideal de un texto sobre neurocirugía sería, evidentemente, un neurocirujano, quedando vedada a los profanos la posibilidad de enfrentarse a un texto especializado en ese área con la intención de traducirlo.

Afortunadamente, se dan con cierta frecuencia casos en los que un especialista en una materia concreta acomete la labor de traducir un texto centrado en algún aspecto de su especialidad, siendo estos casos los únicos en los que se cumple a rajatabla el axioma del conocimiento del tema. Pero la vertiginosa velocidad con que se desarrollan actualmente la ciencia y la tecnología han desencadenado un irrefrenable proceso de superespecialización científica que exige a los investigadores unos esfuerzos cada vez más considerables para asimilar los últimos avances de su campo de estudio.

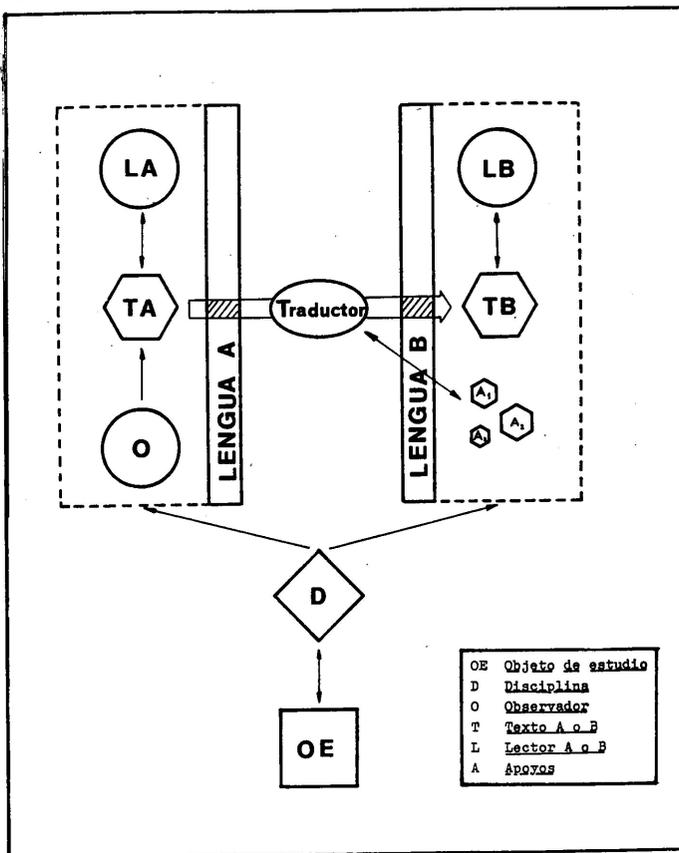
Esta situación plantea dos problemas, derivados ambos del esfuerzo que exige la puesta al día de los conocimientos: por un lado, al especialista no le queda tiem-

po para adquirir el grado de competencia en una segunda lengua que se requiere para traducir (en ocasiones, lamentablemente, ni siquiera tiene un mínimo de competencia en su propia lengua); por otro lado, el especialista no puede invertir su tiempo desempeñando actividades que no le son propias, como la traducción, que requiere, por cierto, un grado de dedicación muy alto.

Si a esto añadimos que, en la España actual, investigar, además de llorar, es enseñar en una facultad universitaria, queda clara la necesidad de que existan los profesionales de la traducción para prestar sus servicios a los investigadores, permitiendo así que éstos dediquen más tiempo a las actividades que les son propias.

El primer paso que hay que dar para situar la materia en su justa perspectiva es delimitar los distintos niveles implicados en el acto de comunicación que conlleva la transmisión de un conocimiento científico.

El proceso de comunicación de una realidad científica tiene un principio que arraiga en la realidad pragmática y su destino se adentra en el ámbito de la realidad cultural, entendiendo por tales el conjunto de las realidades naturales en sí mismas y el conjunto de las percepciones humanas sobre esas entidades, susceptible de ser comunicado, respectivamente. En otras palabras, es un proceso que tiene su origen en la existencia de un objeto de estudio y cuyo producto, el texto, pasa a formar parte de la herencia cultural universal. Para ilustrar esta idea, recurriremos al siguiente esquema:



En el nivel inferior, está el objeto de estudio en sí mismo. En un segundo nivel, encontramos la disciplina que abarca el estudio de dicho objeto, que sirve como instrumento al investigador. El proceso de investigación de algún aspecto novedoso en el objeto de estudio supone establecer una relación dinámica entre el objeto, la disciplina y el investigador. Esta relación tiene como resultado el descubrimiento. Por último, la descripción del proceso de búsqueda y del descubrimiento tiene como producto un texto original (TA, en el esquema), cerrándose el proceso comunicativo (al menos en principio) con la lectura de ese texto por parte de otro investigador (LA, en el esquema). Todo este proceso se produce en el marco de un ámbito lingüístico concreto (zona de rayado discontinuo en el esquema).

El traductor ideal, según el axioma del conocimiento del tema, es el que es capaz de comprender todas las etapas del proceso, es decir, tiene que dominar la metodología propia de la disciplina en cuestión para poder así aprehender las características del proceso de búsqueda y el hallazgo plasmados en el texto. Esta situación se da tan sólo cuando el traductor no tiene como actividad primaria la traducción, sino la ciencia o, por lo menos, cuando ha estudiado esa ciencia, aunque no sea investigador. Por tanto, la imposibilidad de llevar a cabo un seguimiento de todo el proceso impide al traductor profano abordar el texto, al menos en la teoría.

Esto lleva al traductor multidisciplinario a un callejón sin salida, a una de esas imposibilidades teóricas de las que nos habla Coseriu. La práctica, sin embargo, es bien distinta, y si el axioma del conocimiento del tema nos lleva a un callejón sin salida es porque nos abre una puerta falsa.

El traductor no tiene que adentrarse en el universo real del proceso científico, es decir, no tiene que inmiscuirse en la metodología de la disciplina que conforma el contenido del texto, no tiene que comprender los entresijos del proceso de investigación, ni tiene que percibir la validez del hallazgo de la misma manera que lo haría un especialista en la materia que leyese el texto original.

La intención del científico que lee el texto original es acceder al contenido referencial de ese texto, para lo cual tiene que realizar un seguimiento mental de todas las fases implicadas en el acto de creación y comunicación científica. Al traductor, en cambio, le basta con acceder parcialmente al universo lingüístico que posibilita el acto de comunicación científica (zona con rayado oblicuo en el esquema).

Metafóricamente, podemos considerar el texto como una casa con dos puertas. El científico que lee el texto para informarse y poner al día sus conocimientos accede a esa casa por la puerta principal, en calidad de invitado. El traductor, en cambio, entra discretamente por la puerta de servicio para desarrollar un modesto y anónimo trabajo de asistenta cuya presencia es un tanto molesta, pero imprescindible para el buen funcionamiento de la casa.

La lectura que lleva a cabo el traductor científico es una lectura especializada o selectiva, porque no se centra tanto en el contenido del texto, en su referencia, como en la parte más superficial de la expresión lingüística de ese contenido. De hecho, el traductor científico, cuando lee un texto por primera vez, lo que hace es señalar todos aquellos elementos, fundamentalmente léxicos, que exigirán un pro-

ceso de establecimiento de equivalencias más costoso porque no los conoce. Antes de ponerse a escribir su versión en la lengua de llegada, tendrá que resolver los problemas de equivalencia léxica interlingüística, para poder después escribir con toda la fluidez y toda la naturalidad que le permita el desconocido terreno que pisa. Recurrirá al referente, en la medida en que ello le sea posible, para cerciorarse de que ha hecho las elecciones correctas, pero cuando sea consciente de su imposibilidad de acceder al referente, buscará vías alternativas de acceso al texto, procurando poner el máximo cuidado en las elecciones.

La lectura especializada del traductor se ve posibilitada por la naturaleza misma del lenguaje científico. Las expresiones del tipo “módulo proyectivo finitamente generado”, “distribución de las espermatecas”, “psicoterapia de grupo”, “pacientes tratados con placebo”, etc., son unívocas de cara al establecimiento de equivalencias léxicas interlingüísticas, no conllevan connotaciones ni informaciones con especificidad cultural cuya pérdida sea necesario compensar mediante añadidos en el plano sintagmático ni mediante notas a pie de página. Generalmente, cuando el traductor científico se ve en la necesidad de recurrir a estrategias de compensación para suplir las pérdidas semánticas parciales producidas por la falta de equivalencias léxicas interlingüísticas exactas, es porque el autor se permite alguna veleidad literaria, emplea algún modismo, o hace algún comentario jocoso para aliviar al lector. Pero estos casos concretos no son relevantes de cara a la comunicación del contenido científico del texto, que es lo que importa al traductor científico, como tampoco son relevantes las faltas de correspondencia en las estructuras sintácticas de las dos lenguas implicadas. Volviendo al esquema, podemos decir que lo que hace el traductor es buscar en la zona con rayado oblicuo del rectángulo B, es decir, en la sección concreta de la lengua B que sirve de herramienta a la disciplina concreta de la que trata el texto, una serie de puntos que, en general, tendrán una disposición casi exactamente simétrica a la de otros puntos que se encuentran en la zona de rayado oblicuo de A.

Una vez expuesta la que es una de mis ideas básicas, que el problema central del traductor de textos científicos se limita, fundamentalmente, al nivel léxico, y más concretamente, a las equivalencias interlingüísticas en el nivel léxico, quedan sólo por exponer las estrategias que éste ha de abordar para solucionar dicho problema.

Los optimistas, o los que nunca se han enfrentado a un texto altamente especializado, creen que la solución se reduce a la consulta de uno o más diccionarios. Sin embargo, la experiencia demuestra que no siempre es así o, mejor dicho, que casi nunca es así.

No cabe duda de que uno o dos buenos diccionarios bastan y sobran para resolver la mayor parte de los problemas planteados por el vocabulario general, es decir, el vocabulario no especializado o perteneciente al léxico general que se emplea en el texto. No obstante, este tipo de problemas suele presentarse, comparativamente, con muy poca frecuencia. Si el traductor tiene el mínimo de competencia exigible en ambas lenguas, el número de elementos léxicos generales generadores de dificultad será, en la mayor parte de los casos, mínimo o nulo.

Algo bien distinto ocurre con el vocabulario específico, es decir, el vocabulario perteneciente al léxico propio de la disciplina de la que trata el texto (vuelvo a remitir al lector a la zona con rayado oblicuo en el esquema), o el uso designativo específico que se hace en esa disciplina de algunos elementos léxicos pertenecientes al vocabulario general. El vocabulario específico sí que crea problemas, a veces muy graves, al traductor multidisciplinario, y es justamente a esos elementos léxicos a los que tiene que prestar mayor atención, ya que son los que, convenientemente articulados en el eje sintagmático, comunican la esencia de lo que quiere transmitir el autor, y no otra cosa, y es deber del traductor ser sumamente escrupuloso en su tratamiento.

Un aspecto característico del vocabulario específico es la dificultad de localizarlo en los diccionarios. Cualquiera que haya traducido un texto especializado sabe que la mayor parte de ese vocabulario sólo se encuentra en diccionarios especializados y, lo que es aún peor, lo más frecuente es que ni siquiera éstos resuelven la totalidad de las dudas que se presentan.

Con la cantidad tan ingente de trabajos de investigación científica y tecnológica que se lleva a cabo actualmente a nivel mundial, y la cantidad aún mayor de vocabulario especializado que hace falta acuñar para designar todos los elementos implicados en esas investigaciones, y todos los descubrimientos que de ellas resultan, es imposible encontrar un diccionario que esté al día. Un diccionario de informática, por ejemplo, está condenado a la obsolescencia desde el momento mismo en que empieza a concebirse.

Si los diccionarios no pueden cubrir todas nuestras necesidades, ¿dónde hemos de buscar la ayuda que nos es imprescindible?

La respuesta a esta pregunta está implícita en una afirmación de Coseriu: "Como en el caso del hablar en general, también en el caso del traducir -que no es sino una forma particular del hablar-, todo está relacionado con todo, de tal manera que cualquier formulación de un principio equivale a una parcialización. Y en cuanto al estado de la investigación, la tarea no es fácil, porque la teoría de la traducción debería, en rigor, ser una sección de la lingüística del texto y ésta, a pesar de los progresos de los últimos años, se encuentra aún en sus comienzos".² Voy a permitirle introducir un matiz en la idea de Coseriu, para pasar luego a enlazar con el tema que nos ocupa.

La afirmación de que el traducir es sólo una forma particular del hablar, aunque apunta en la dirección acertada, no es del todo precisa. Coseriu no parece tener aquí en cuenta que el traducir es una actividad que implica el estudio de un texto -o sea, un acto de habla- en una lengua de partida, empleando los resultados de ese estudio como base para generar otro texto -es decir, otro acto de habla- en la lengua de llegada. El traducir implica el recurrir no a uno, sino a dos sistemas lingüísticos, empleando uno de ellos de forma pasiva y otro de forma activa, y conlleva además la aplicación de estrategias características que no se utilizan en otros actos de habla. Teniendo esto en cuenta, la afirmación de Coseriu, aunque no falta a la verdad, minusvalora la actividad del traductor, ya que aunque es cierto que el acto de escritura

del texto de llegada es un acto de habla, no es menos cierto que conlleva una actividad de reflexión lingüística comparada.

Lo que nos interesa de modo particular en esta cita de Coseriu, y con esto volvemos a centrar el tema, es el modo en que circunscribe la traducción al ámbito textual, porque es justamente ése el ámbito en el que le corresponde actuar al traductor, y no se le puede exigir que actúe en ningún otro ámbito.

Pasando ya a responder la pregunta que dejamos planteada más arriba, cualquier traductor (tanto profesional como aficionado) sabe que las dudas que no resuelven los diccionarios las resuelven los textos especializados escritos en la lengua de llegada (hexágonos pequeños del esquema). Estos textos, que llamaremos “textos de apoyo”, son la herramienta que permite al traductor soslayar su carencia de conocimiento referencial del texto original. Así, cuando el traductor no es un especialista en el tema que traduce, puede obviar la búsqueda referencial en la lectura que hace del texto, es decir, su actividad implica no tanto la comprensión de lo que lee en el texto, sino la constatación de los elementos de ese texto que no conoce, que, como señalamos antes, son fundamentalmente elementos léxicos.

La lectura especializada que mencioné antes, encaminada a detectar en el texto de partida todos aquellos elementos cuyas equivalencias desconoce el traductor, se complementa, cuando esas equivalencias no se resuelven mediante la consulta de un diccionario, con otra lectura especializada, la de los textos de apoyo, para encontrar en ellos los equivalentes de esos elementos que le plantean problemas. Una vez realizada esta lectura selectiva, se elabora un listado de los términos problemáticos. Con la elaboración de la lista y una o dos lecturas de la misma se consigue retener, en forma de “vocabulario reconocible” una buena parte de los elementos léxicos en cuestión. Es preciso aclarar que por “vocabulario reconocible” entiendo un vocabulario similar al vocabulario pasivo, pero diferenciado de éste por el desconocimiento de su significado y su denotación, aunque suficientemente arraigado en la competencia del hablante como para que éste pueda recuperar de él un significante en respuesta a un estímulo. Para ilustrar esta idea, podemos recurrir a la estrategia que se utiliza con frecuencia al resolver crucigramas, cuando, partiendo de unas pocas letras, recuperamos de la memoria una palabra que no forma parte de nuestro vocabulario activo y cuyo significado desconocemos totalmente, pero que, de alguna manera, está presente en nuestro almacén léxico, y es activada por la visión de una serie de letras que se corresponden con el patrón de la palabra almacenada.

Contando con ese vocabulario reconocible, al leer posteriormente los textos de apoyo, habrá muchos elementos léxicos que serán inmediatamente reconocidos como equivalentes de algunos de los elementos incluidos en la lista mencionada, debido a su semejanza gráfica y/o fonética. (Nótese que, a estas alturas del trabajo, el traductor sigue sin conocer necesariamente el tema del texto, aunque se aproxime ya bastante a la resolución del mismo.)

Sin embargo, habrá aún elementos léxicos que requieran un estudio más detenido, en el que se sopesarán, por ejemplo, el contexto sintáctico en el que aparecen, o la cercanía de números o símbolos que nos permitan identificarlos como engloba-

dos en un contexto empírico análogo a otro que se haya observado en el texto de partida.

De esta manera, sin necesidad de tener conocimientos sobre el tema del texto que se traduce, aunque, eso sí, de forma más laboriosa que si tuviese dicho conocimiento, puede el traductor esclarecer las equivalencias que desconoce y que el diccionario no le ayuda a establecer. Ilustraré esta idea con algunos ejemplos concretos.

Consideremos el tratamiento que se da a la palabra *rango*, que suele aparecer en los textos de psicoestadística, en el *Nuevo diccionario politécnico de las lenguas española e inglesa*³. Dicha obra nos ofrece una serie de acepciones del término, ninguna de las cuales incluye ejemplos de uso, y en muchos casos no se incluyen tampoco aclaraciones sobre la especialidad en la que se aplican dichas acepciones. Del contexto se deduce que se refiere a algún tipo de variación numérica que se da en la muestra estudiada con respecto a una variable determinada (p. ej., la edad). Por tanto, la consulta del diccionario no nos ayuda a encontrar el equivalente exacto que se utiliza en español en el mismo contexto, pero si consultamos un texto español de psicoestadística, podemos encontrar la expresión “rango de edad”, donde el término “rango” presenta una gran similitud gráfica con el inglés “*range*” y se usa en un contexto sintáctico idéntico, es decir, como nombre complementado por “edad”. (No entraremos aquí en el tema de hasta qué punto la decisión de los especialistas de utilizar la palabra “rango”, en lugar de “variación”, “oscilación”, etc., se basa más en la semejanza gráfica con el inglés que en la equivalencia designativa.)

La estrategia que puede permitirnos localizar el término matemático “aplicación” es algo distinta. La expresión española “aplicaciones α -sesquilineales”, que se puede encontrar en ciertos textos de álgebra, no aparece como tal en el diccionario mencionado, aunque podemos encontrar los términos *mapping* y *sesquilinear* como equivalentes de “aplicación” y “sesquilineal”, respectivamente. Así pues, α -sesquilinear mapping sería, según el diccionario, la expresión equivalente de “aplicación α -sesquilineal”. Sin embargo, en la mayoría de los textos de apoyo se lee α -sesquilinear maps. Cualquier especialista en la materia que esté habituado a consultar artículos en inglés confirmará que esta última es la forma que más “le suena”. La lectura de los textos de apoyo, por tanto, nos permite encontrar la traducción correcta sin tan siquiera buscarla en el diccionario, mediante la combinación de tres estrategias combinadas: a) la constatación de que el sustantivo *maps* aparece recurrentemente como núcleo nominal del adjetivo α -sesquilinear; b) la constatación de la semejanza fonética entre “sesquilineal” y *sesquilinear*; y c) la constatación de la existencia, en la grafía de ambas expresiones, de la letra griega α seguida de guión, que permite el inmediato reconocimiento visual de la expresión.

Hay que tener además en cuenta que, si en el léxico general el traductor puede encontrarse con lo que suele denominarse *false friends*, existen también los que podríamos denominar *specialized false friends*, es decir, parejas interlingüísticas de significantes que, presentando o no una gran semejanza gráfica entre sí, resultan fácilmente traducibles cuando se encuentran en un texto no especializado, pero presentan una equivalencia inesperada cuando de textos científicos se trata. Así, el sus-

tantivo inglés *fluency* es fácilmente traducible por “fluidez”. Sin embargo, los especialistas en logopedia, logoterapia, y neuropsiquiatría utilizan preferentemente el sinónimo “fluencia”, como puede verse en los textos de estas especialidades.

Así pues, los textos de apoyo no sólo nos permiten dar con una equivalencia léxica que remita al mismo referente, sino que además nos permiten reproducir las características estilísticas propias de los textos especializados, cosa que difícilmente puede permitirnos un diccionario.

Sin embargo, el empleo de los textos de apoyo nos expone a un peligro. Algunos de esos textos son traducciones realizadas por especialistas en la materia de que tratan, y esos especialistas no siempre aciertan en sus traducciones. Sirva como ejemplo la expresión “sábana de datos”, que servía de encabezamiento a un formulario que pude ver en una ocasión. A pesar de las evidentes connotaciones poéticas que podemos ver en esta expresión, está claro que no pasa de ser una pésima traducción del inglés *sheet of data*. Ni que decir tiene que, ante casos como éste, el buen juicio del traductor debería prevalecer sobre el uso, aun a riesgo de que los científicos lo acusen de torpeza.

Otra consideración importante a la hora de elegir los textos de apoyo es buscar el mayor grado de coincidencia posible entre los presupuestos teóricos de los que parten el autor o autores de dichos textos y el autor o autores del texto A, para garantizar la utilidad y precisión de los textos de apoyo en su labor auxiliar. Lo más acertado es elegir los textos de apoyo de entre los incluidos en la sección de referencias del texto original.

Pero no siempre es necesario buscar un texto específico. En ocasiones, ni siquiera resulta tan útil como quisiéramos. El traductor tiene que realizar una labor de auténtico ratón de biblioteca, sin desechar las páginas de apariencia menos apetitosa, pues en éstas puede encontrar gran parte de lo que busca. En una revista médica, por ejemplo, la publicidad de productos farmacéuticos, que suele incluir las indicaciones y los efectos terapéuticos y secundarios de dichos productos, puede ofrecer muchas soluciones.

Los textos de apoyo pueden ser una ayuda inestimable, puesto que permiten al traductor “saturarse” de una terminología que, convenientemente utilizada, da un aspecto tan convincente a la traducción que ésta puede pasar por un texto original de un especialista. ¿Acaso no se afanan los especialistas por desarrollar un complicado arsenal nomenclador para distinguirse como tales? Pues la venganza de los traductores consiste en pagarles con su misma moneda, haciéndoles creer que sabemos más de lo que en realidad sabemos.

Afortunadamente, aparte de los textos de apoyo, los traductores multidisciplinarios contamos con otra ayuda: la de nuestros clientes. El valor de esta ayuda dependerá, lógicamente, del grado de competencia que tenga el cliente en la segunda lengua: en el mejor de los casos, la domina perfectamente, lo que posibilita que corrija la versión final del texto; una segunda posibilidad es que tenga un conocimiento más o menos amplio de ella, en cuyo caso, al menos, podrá ayudarnos con el vocabulario específico; por último, puede desconocerla totalmente, pero aún así, podrá

ayudarnos en la traducción directa, ya que al leer la versión en la lengua de llegada detectará inmediatamente todos los errores que se hayan cometido con el vocabulario específico. Incluso en los casos en los que el cliente desconoce la lengua B, nos puede ayudar en la traducción inversa, ya que ante una duda léxica concreta, puede orientarnos sobre el acierto de nuestra elección si le exponemos los rasgos semánticos y los contextos sintáctico y empírico en los que aparece recurrentemente el elemento léxico en cuestión.

Esta colaboración entre el traductor y el cliente (o cualquier otro especialista) constituye la situación que más se aproxima, en la práctica real, al ideal expresado en el axioma del conocimiento del tema, con la excepción ya señalada de las incursiones de los especialistas en el terreno de la traducción. El tándem formado por el traductor y el cliente combina el conocimiento profundo del contenido del texto y el dominio de las lenguas implicadas, y permite además enriquecer el texto con una segunda opinión.

A modo de conclusión, podemos afirmar que la consideración que el traductor tiene el deber de conocer el tema del texto que traduce no es aplicable a la traducción científica o, más concretamente, a la actividad del traductor científico multidisciplinario. Aplicar el axioma del conocimiento del tema a dicha actividad supone adoptar una perspectiva errónea a la hora de enjuiciar la actitud del traductor frente al texto.

Si admitimos que la lectura implica, fundamentalmente, dos tareas de comprensión, es decir, una interpretación del significado lingüístico del texto y una interpretación de la designación del mismo, creo acertado defender que al traductor científico multidisciplinario no se le puede exigir más que la primera de ellas; la segunda le corresponde al especialista.

Aunque la actividad del traductor suponga una modesta aportación a la construcción del conocimiento científico, dado que facilita la difusión internacional de las ideas, su propósito no tiene nada que ver con la ciencia en sí misma, sino que se centra en el aspecto más superficial del acto de comunicación científica, es decir, el texto. Su objetivo no es desentrañar el contenido referencial del texto, sino analizar la expresión lingüística de dicho contenido, con la finalidad de reproducirla en otra lengua. Si el análisis y la reproducción se realizan concienzudamente, el texto resultante dirá por sí mismo lo que tenga que decir a quien le interese oírlo.

Partiendo de la base de que no es misión del traductor valorar el contenido del texto, sino comunicarlo con la mayor fidelidad posible, se puede incluso afirmar que la ignorancia del tema del texto podría ser vista como garantía de objetividad en la versión final, y digo esto porque intuyo que un análisis profundo de los trabajos de traducción realizados por especialistas podría revelar, en algunos casos, la presencia de sesgos en la interpretación del contenido, motivados por el grado de armonía o disonancia que se da entre los presupuestos teóricos de los que parten el autor y el traductor.

Esta última afirmación puede tomarse como una propuesta de una vía de investigación que podría ser muy productiva en el futuro. Pero, además, lleva implíci-

ta una modesta confesión: a pesar de la opinión generalizada de que el traductor es una especie de sabio renacentista versado en todas las ciencias y todas las artes, la realidad es que su cerebro no pasa de actuar como una estantería, más o menos bien organizada, en la que se clasifican los más variados vocablos, a la espera de ser seleccionados y situados en los contextos que les correspondan; en esa mecánica labor de selección y colocación radica, a mi juicio, todo nuestro mérito.

REFERENCIAS

¹ Coseriu, Eugenio, *El hombre y su lenguaje*, Ed. Gredos, Madrid, 1977, pág. 215.

² *Ibid.*

³ Beigbeder Atienza, Federico, *Nuevo diccionario politécnico de las lenguas española e inglesa*, Ediciones Díaz de Santos, Madrid, 1988.